

tico, ganase la eterna bienaventuranza. Al pensar en San Isidro, mil veces he recordado las palabras que acerca de Roldán escribe Saint Víctor, en su libro *Hombres y dioses*: «La leyenda — dice el primoroso escritor — suele tener magníficos caprichos, como hada y reina que es. Complácese en exaltar á los humildes, así como á veces la historia se entretiene en rebajar á los soberbios. Mientras ésta borra nombres ó relega á la penumbra á caudillos que realmente estremeron al mundo; mientras destierra á los limbos del olvido á Ciro y Sesostris, y sólo respeta del reinado de Trajano algún bajo relieve en torno de una columna; mientras extiende las tinieblas de la barbarie sobre las maravillosas hazañas de Aecio y de Póstumo, iguales á los Escipiones y más grandes que Mario, la leyenda, por su parte, recoge un personaje desconocido, envuelto en el polvo de las crónicas; lo incuba, lo embruja, concentra en él todo su poder fecundante, toda la entusiasta virtud de la imaginación popular; y el hombrecillo obscuro surge radiante de su sepulcro hasta entonces ignorado, y el desconocido aparece cercado de mayor gloria que César y Carlomagno sobre su trono.»

Gracias al pobre labriego Isidro de Merlo y Quintana, se recuerda todavía el noble apellido de sus amos, los Vargas, y tiene este linaje historia y blasón imperecedero. Murió San Isidro en edad avanzadísima, poco menos de un siglo, y ese siglo fué de los más agitados de nuestros anales; el siglo del Cid Campeador, de la alborotadora y licenciosa reina Urraca, del insigne Alfonso VII, de Ramiro el Monje, el de la sangrienta campana, y de Alfonso VIII el de las Navas de Tolosa. Mientras el fragor de las armas ensordecía á España; mientras el Cid ensanchaba á Castilla, Isidro y su mujer María de la Cabeza labraban la tierra y abrían el surco, dando gracias á Dios todas las noches por el pan de cada día. Cuando Isidro descansó en el Señor, su cuerpo fué enterrado pobremente en el cementerio de la parroquia de San Andrés. Allí iban los que habían presenciado su muerte á rezar, á pedir intercesión y amparo. Se dice que todo el tiempo que allí pasó el cuerpo venerable le bañó continuamente un arroyo, sin que lograrse corromperle la humedad. Cuarenta años después de su muerte fué exhumado el que el pueblo ya aclamaba Santo, y depositado en un arca ó cofre de madera historiada, que es una joya del arte gótico. En ella veremos, narrada por medio de imágenes, la existencia sencilla é idílica del labriego y de su compañera; los campos poblados de mies, los árboles cargados de fruto, la yunta de mansos bueyes arando despaciosamente, guiados por los ángeles de blanca túnica y luengas alas — el poema de la vida laboriosa, de las tranquilas alegrías campestres, que surge fresco y vivaz de entre las románticas nieblas medioevales...

\* \*

Mas no pudieron resignarse los devotos de San Isidro á no asociarle á los advenimientos de la historia. Cuando ya se consumaba la reconquista; cuando la conciencia nacional se consolidaba y se reconocía á sí propia enérgicamente, se quiso hacer del Santo triguero un militar, un Santiago ó un San Jorge, y aturdirle con el estrépito del combate y hacerle cruzar, como irritado numen, sobre el campo de batalla. Esparcióse la conseja de que aquel desconocido pastor, *vir quidam silvestris*, que se apareció á Alfonso VIII antes de la función de las Navas de Tolosa, donde fué destruido el Miramamolín y establecido el poderío cristiano de la península — el famoso pastor de las Navas, en fin, guía de nuestro ejército y nuncio de la victoria, — no era otro sino San Isidro, enviado por Dios para proteger sobrenaturalmente á los cristianos. Mas los cronistas y narradores que por sus propios ojos vieron la batalla ó vivieron en el tiempo en que se libró, no hacen la más remota alusión á que el tal pastor de ovejas pudiese ser San Isidro. No obstante, la creencia debió de contribuir á que se acrecentase la devoción del labriego. Su cuerpo, ya encerrado en afiligranada y refulgente urna, menos bella que la primitiva arca gótica, fué conservado como un talismán, y cuando el cielo se cierra y la sequía abrasa el suelo — la sequía, la gran calamidad para los labradores, la que tantas veces deploraría San Isidro, — sale procesionalmente para impetrar que la misericordia divina descienda en forma de lluvia...

\* \*

De esta vez no sólo se han sacado en procesión las reliquias, sino que se han expuesto á la pública veneración — algunos periódicos han dicho que á la adoración, lo cual es manifiesto error, pues sólo á Dios se le adora. — Lo que se divulgó é imprimió acer-

ca del estado del cuerpo, excitó también, al par que la devoción, la curiosidad. Se deducía de tales noticias que el cuerpo se encontraba incorrupto; que persistía en sus muslos y piernas el rosado color de la carne, y lo mismo en el pecho; que permanecían llenos los globos de los ojos y se conservaban frescos los tejidos. Debíó de haber en todo este relato, si no mentira, ni intención de ella, por lo menos piadoso propósito de exaltar al Santo, que no lo ha menester y que infaliblemente preferirá, á la exageración bien intencionada, los ápices de la rigurosa verdad. El cuerpo de San Isidro, que he contemplado dos veces, con bastante detenimiento y con esa minuciosa inspección propia de los miopes, que de cerca ven como lince, es un cuerpo momificado, de notable conservación si se atiende á que cuenta siete siglos, pero con los tejidos oscuros, resquebrajados y pergaminosos de las momias. La cara aparece carcomida, y en la barbilla asoman los blancos huesos de la calavera. Sorprende á primera vista la elevada estatura del Santo, que no cupo extendido en el arca. Lo mejor conservado son los pies, largos, fuertes, con recias uñas — pies de trabajador.

Jamás conseguí ver ningún cuerpo que propiamente deba llamarse incorrupto. Después de la muerte, las carnes ó se pudren y deshacen, ó se amojaman. Ignoro si existen restos en mejor estado que los de San Carlos Borromeo (los que encontré menos ofendidos del tiempo inflexible); y si es verdad que, por ejemplo, en el coro de las Huelgas de Burgos hay una dama del siglo XIII, bonita, fresca, natural, como si se hallase viva. A ser verdad — que lo dudo, — tal prodigio debería exponerse.

\* \*

El ansia del pueblo de Madrid por contemplar los restos de su Patrono es tal, que las inmediaciones del templo parecen estos días real de romería; desde el amanecer espera turno allí un gentío inmenso. Primero se arrodilló ante la urna descubierta y cercada de flores la familia real; después, con papeletas que se habían repartido, entraron los grandes, las autoridades, y muchos más que ni son lo uno ni lo otro. Ahora le toca la vez al pueblo.

La combinación me ha parecido pésima, y lo consigno con desinterés tanto mayor cuanto que logré ser del número de los privilegiados. Si el pueblo encuentra naturalísimo que precedan á todos las reales personas, ya no se resigna tan fácilmente á que el privilegio sea extensivo á quinientas ó seiscientas más, provistas de papeleta. Esto de la papeleta pudo quedarse para después; ante la fe todos somos iguales; la iglesia es el refugio natural del espíritu democrático. Al entrar en el templo por la mañana, escuché entre los grupos frases de descontento. Una pobre vieja, una beata arrancada de una caricatura de *El Mottin*, pidió por Dios á un grande, á un señorón, que la hiciese entrar con él; y el señorón, campechamente, contestó: «Venga usted, señora.» La vieja á poco se desmaya de alegría...

A la tarde sucedió lo que era de temer: el pueblo rompió la valla de agentes — como los héroes de las Navas rompieron la valla de negros que cercaban la tienda del Miramamolín — y se desparramó en el templo, riéndose de papeletas, de jerarquías y de prohibiciones. Allí fueron las carreras y los sustos; cayeron las señoras, las pisotearon brutalmente, hubo achuchones, rosarios rotos, vestidos destrozados, y la guardia civil, para restablecer el orden, metió sus caballos por entre el gentío... Es esta la canción de siempre en Madrid: el llevar papeleta no sirve de nada para ver un espectáculo. Lo mismo aconteció el día de la apertura de las Cortes — y Dios sabe que no es mi ánimo comparar á San Isidro con los diputados. ¡Vade retro!

Se prepara una solemnidad; se reparten cartulinas; se despliega un aparato de fuerza que asusta; se saca la guardia civil; se agrupan centenares de agentes; pero estos agentes, que parecen puercospines por los modos que gastan y por las groserías é insolencias que se permiten con el público (á cuyo servicio no creen estar), carecen (por lo mismo) de aquella fuerza moral que en otros países les presta el ser representantes del derecho de todos, y protectores del débil; y el populacho, que los ve á su nivel, á su sabor los arroja y se ríe de ellos, cobrándose en indisciplina de lo que le deben en educación y en equidad.

Después que la muchedumbre entró en el templo, hicieronla desfilan tan aprisa ante la urna, que nadie tuvo tiempo de ver nada. «¡Adelante, sigan!.. ¡Ea, no pararse!» ¡A esto llaman exponer á la pública veneración los restos del Santo!..

EMILIA PARDO BAZÁN

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

## SAN ISIDRO

Curioso espectáculo ofrece Madrid estos días. Un hombre que vivió en el siglo XI, un siervo de la gleba, un destripaterrones, constituye la actualidad; y aunque no se le había olvidado, dijérase que acaba de resucitar, según la acción que ejerce sobre las almas, y la fuerza con que las atrae á sí.

Baldías me parecen las interminables y acaloradas discusiones sobre si la lluvia estaba prevista por el pronosticador *Noherlesoom*, y si estándolo, se puede calificar de milagro de San Isidro el que cayese tan oportuna. Lo indiscutible, lo que se ha visto y saludado con exclamaciones de gozo y gratitud, es que al salir procesionalmente la urna de plata que encerraba el bendito cuerpo, las nubes, que como un toldo gris ceniza velaban el firmamento, fueron oscureciéndose, agrupándose, condensándose, y antes de que la procesión se hubiese recogido á la catedral, las primeras gotas de la anhelada y benéfica lluvia habían caído como rocío amoroso, bebidas por los árboles de los paseos y el seco polvo de las calles, y retintinando sobre los paraguas que con gozo pueril abrían los que, por fe y convicción, empuñaron dicho instrumento al salir, seguros de que el Santo les proporcionaría ocasión de usarlo... Que salió San Isidro, y que al punto llovió: he aquí lo que no puede negarse.

\* \*

De San Isidro dice poco la historia auténtica: es un santo modesto, cuyo nombre ni se enlaza con la resonante epopeya, como San Fernando, ni con los esplendores de nuestra ciencia, como San Isidoro, ni con el tesón de nuestra ortodoxia, como Santo Domingo. Ni fundó, ni escribió, ni combatió, ni siquiera practicó una de esas vidas penitentes, asombrosas y contrarias á los instintos de la naturaleza, cual la de los eremitas y solitarios de la Tebaida. No se cuenta de San Isidro sino que vivió practicando las pacíficas virtudes del labriego castellano. Un hombre de estos del paño pardo, cristiano viejo; un paleta, un tío, con su sayote y sus calzas, su azadón y su biello, he ahí á San Isidro. Nadie habrá que menos se parezca á los héroes del Romancero; nadie que tan á la pata la llana, tan á lo villano y á lo rús-